

LIBROS

UN LIBRO DE VIAJES DE GEORGES DUHAMEL

Don Jorge Carrera Andrade, distinguido escritor y poeta de la nueva generación iberoamericana, actuante en las luchas universitarias y políticas del Ecuador, colaborador de la "Gaceta Literaria", del "Repertorio Americano" y otros periódicos del continente, nos envía espontáneamente este breve artículo de brillante forma y generosa ideología.

SCENES DE LA VIE FUTURE PAR GEORGES DUHAMEL

(MERCURE DE FRANCE, PARIS)

EL OBSERVADOR FRENTE A NORTEAMERICA

Georges Duhamel contempla desde la cubierta de un barco francés las vastas soledades oceánicas. Las señales de la tierra firme se enredan sin descanso en la antena vigilante del navío. El viajero observa el canal de Florida, y se le ocurre que los norteamericanos pueden cerrarlo en una fecha más o menos próxima, para desviar la corriente del Golfo y transformar la Europa en un continente helado. En el horizonte se anuncia una faja estrecha de costa. Es Cuba, "vestíbulo de América", con sus cocoteros de gracia femenina y sus febriles ingenios de azúcar.

Duhamel, hombre de rostro un poco monacal y de mirada piadosa tras de los gruesos lentes, no se contenta con ver los lineamientos del paisaje, sino que gusta de explorarlo hasta su fondo y penetrar en la vida de los hombres que lo habitan. De esta manera descubre la angustia del pueblo cubano, sujeto contra su voluntad al ritmo

poderoso de Estados Unidos. Si el creador de "Salavin" hubiera seguido rumbo hacia las Antillas, ¿qué cosas no nos hubiera contado del imperialismo norteamericano? Le faltó al observador la visión de Puerto Rico—floreciente Estado yanqui pesando sobre una masa miserable de mestizos y de negros—, de Nicaragua, ultrajada y en peligro de convertirse en colonia; de Panamá, merecedor de un más alto destino y reducido a vivir sin gloria y sin soberanía. También debió ampliar su itinerario el observador hacia nuestra América del Sur, a fin de darse cuenta de los recursos de que dispone la latinidad en ese continente para detener el avance del pabellón angloamericano, que es como la reja de una cárcel con sus barrotes azules y blancos y su claraboya lateral con varias filas de estrellas. Hubiera medido entonces la significación de las fuerzas autóctonas que cooperan con la latinidad en el sostenimiento de una cultura naciente que opone los valores del espíritu a los valores materiales.

Le faltó al observador de dos ojos piadosos el espectáculo de México, reviviendo su arquitectura emocional, su arte aborigen, en competencia con el rascacielos, y organizando su vida campesina conforme al uso de la tierra; la visión de la Argentina democrática, constructora de grandes urbes neolatinas, destinada a recibir la herencia cultural de occidente; el panorama de las repúblicas de los Andes, nacidas como para una confederación ejemplar por su localización geográfica y su comunidad de ideales y de orígenes; en fin, le faltó ver todo ese haz de naciones, sacudidas todas por anhelos culturales, en contraposición al hormiguero norteamericano, entre-

gado íntegramente al delirio de la civilización mecánica.

El navío entra sucesivamente en el Golfo de México, en el delta amarillo del Mississippi y en el puerto humeante de Nueva Orleans, estruendoso de máquinas y oliente a carbón. Acodado en la borda, Duhamel exclama: "He aquí América." Mas, en realidad, lo que aparece ante sus ojos es la ampliación exagerada de Europa, la visión futura de Europa, o sea el espectáculo de un país que experimenta el fenómeno típico del apogeo capitalista e industrial. En una palabra, lo que el viajero ve es "la otra América".

CINEMA

Asistimos a la infancia del cinema. Hace muy pocos años comenzó a andar, y ahora está aprendiendo a hablar y a tener una que otra idea propia. No está educado todavía y nos da la impresión de que ha vivido hasta hoy entre boxeadores, "girls" y vaqueros americanos. De la vida ha tomado tan sólo la gesticulación exterior e ignora casi en absoluto los percances del pensamiento moderno y las aventuras del espíritu.

Mas es preciso confesar que, pese a esta infancia vulgar y desordenada, el cinema tiene un ancho horizonte en la vida futura. Está almacenando recursos para la hora de su madurez despejada y consciente. La costumbre del roce directo con la muchedumbre le servirá para su tamaño definitivo de orientador de pueblos.

Pero para cumplir este superior destino, el cinema tiene que emanciparse, ante todo, de la tutela económica que le acanalla y le explota. Los empresarios norteamericanos le han enseñado a prostituirse por unos cuantos céntimos y le han hecho olvidar su auténtico rol. El film actual exhibe todos los días sus mismas habilidades en todas las pantallas del mundo, al son de una musiquilla remendada y mendicante.

Georges Duhamel, con sus lentes que le sirven para ampliar las dimen-

siones de las cosas y penetrar en su entraña secreta, está contemplando el barajar incesante de sombras y de imágenes movibles en uno de los cinemas de la Unión. Liberal "a la inglesa", Duhamel rechaza todo lo que de alguna manera puede afectar a su libre albedrío, todo lo que puede corromper la atmósfera pura de pensamiento en que vive y respira su individualidad. Duhamel es centinela de su espíritu y guardián de su parcela de libertad y, ante el espectáculo semibárbaro del cinema actual que obra como un opio degradante en la conciencia del hombre de estos tiempos, levanta su maldición de profeta. Dirígese su anatema principalmente contra la música de cine que coopera con el film al embrutecimiento de la multitud. "Esta es la falsa música—dice el observador—. Música en conserva. Esto sale del matadero de música como las salchichas del almuerzo salen del matadero de cerdos. Sí! Debe haber allá lejos, en alguna parte, en el centro del país, una inmensa construcción de ladrillo negro, cabalgada y hendida por los arcos de un "elevado". Es allí donde asesinan a la música. Allí es donde muere estrangulada por unos cuantos negros, como los lechones del Middle-West. Es acogotada por brutos cansados y medio dormidos. La descuartizan, la salan, la espolvorean con pimienta y la cuecen. A eso se da el nombre de discos. Es la música en cajas de conserva."

"...Esta es una especie de pasta musical, anónima e insípida. Pasa y corre sin descanso. Está embutida de trozos conocidos, seleccionados probablemente por sus relaciones momentáneas con el "texto" cinematográfico. ¿Los novios van a atravesar el ecran? Pues he aquí que de esta melaza musical surge de golpe la "Marcha Nupcial" de Lohengrin. Diez compases nada más. ¿Por qué milagro éstos se encadenan súbitamente a la "Sinfonía Militar" de Haydn? Es porque el ecran acaba de vomitar un desfile de infantería..."

Urge trabajar por la redención del